claridad la regla de mis deberes. Mas esta oposicion se esplica con las luces de la fé; pues Jesucristo nos ha descubierto un pecado de orígen, que habiendo corrompido nuestra naturaleza, pervirtió tambien las inclinaciones de nuestro corazon. Sin embargo, ni la violencia de éstas, ni mi propia debilidad deben desanimarme; pues Jesucristo, que se ofreció en sacrificio por mis pecados, me franqueará sus auxilios para que con ellos pueda yo cumplir la ley que me ha impuesto.

La fé, revelándome estas verdades, descorre un velo, y yo me encuentro con un nuevo órden de cosas: tres diferentes mundos se ofrecen á mi consideracion: el cielo, en que la posesion de Dios hace la bienaventuranza de los justos: los abismos ardiendo, en que los malos son atormentados con los demonios; y el mundo actual, destinado para que en él se formen los escojidos para el cielo.

Percibo ademas en este mundo visible, que se renueva y varía sin cesar bajo las leyes particulares que le dirijen, un otro mundo moral, enteramente espiritual, compuesto de séres inteligentes, alumbrado de otra luz, que es la de la verdad, rejido por otras leyes, que son las de la justicia, movido por otros ajentes, que son, ó las inclinaciones de la naturaleza, ó las inspiraciones de la gracia. El mundo físico, que solo existe para dar lugar á la formacion del mundo moral, dejará de

existir, tan luego como quede cumplido aquel objeto: esto es, luego que el segundo haya adquirido su complemento por la reunion de todos los miembros de Jesucristo, unidos con él como con su gefe en el reino de los cielos (1). El mundo moral, oculto ahora en el corazon del hombre [2], se *acrecentará* [3], se perfeccionará por la operacion secreta de la gracia, hasta el dia en que estando completo el número de los escojidos, se deje ver tal como es para subsistir por toda la eternidad. Entonces, destruido el primer mundo, la *muerte*, despues de haber ejercido su imperio sobre todo lo que debia perecer, perecerá ella misma (4), quedando sin poder sobre un nuevo órden de cosas en que todo ha de ser inmortal.

CAPITULO II.

Primeros preceptos de la Ley evangélica.

Al mismo tiempo que Jesucristo se sirvió enseñarnos verdades muy interesantes sobre la naturaleza de Dios, sobre el destino del hombre, sobre la certeza de una vida futura, que sirven como de

---

1 Eph. 4, 12.
2 Col. 3, 3.
3 Eph. 2, 21, 22.
4 1 Cor. 15, 26.

fundamento á las verdades prácticas, esplicó al mismo tiempo los preceptos de la Ley natural, que recibieron la mayor claridad desde entonces, y la mayor perfeccion, apoyándolos sobre los mismos misterios, que parecian ajenos de la moral. Este divino Maestro, que practicaba lo mismo que enseñó, es el modelo mas cumplido que debemos proponernos. Y véase aquí lo que ahora debemos esplicar. Para ello considerarémos al hombre en el órden de la religion, lo mismo con corta diferencia, que lo hicimos en el órden de la naturaleza.

Articulo I.

Primer precepto de Jesucristo, amar á Dios sobre todas las cosas.

Hemos observado que habiendo Dios enviado á su Hijo á este mundo para atraer, por la humildad de la fé, al hombre estraviado por el orgullo de su presuncion, era necesario principiar por creer en él para ser alumbrado con su luz: que habiendo este Hijo de Dios aparecido sobre la tierra con las señales mas manifiestas de su mision divina, no podiamos negar nuestra creencia á su palabra, sin *acusar de mentira* á su Padre *que le envió* [1]; y

1 1ª Joan. 5, 10.

que hallándonos cercados por todas partes de misterios de la naturaleza, no nos debia admirar que al hablarnos este Enviado divino de cosas celestiales, fuesen tambien misterios incomprensibles á la razon las verdades que se dignaba revelarnos. Mas hay esta diferencia entre unos y otros misterios: que los de la naturaleza humillan su razon dejándola en tinieblas; pero los de la fé, aunque la humillen, la sirven al mismo tiempo de antorcha para darla á conocer verdades que la afirman en sus primeros conocimientos, y disipan las nubes que la ofuscaban.

Todo el universo, sin duda, nos hablaba desde luego del poder de Dios, de su sabiduría, de su bondad: mas luego que Jesucristo nos habló desde lo alto de la cruz, para edificar á su Padre un templo espiritual, destinado á glorificarle eternamente en el cielo, por medio de la oblacion de sí mismo y de sus santos, Dios se dejó ver de nosotros con una nueva gloria. No es, pues, ya la belleza de la naturaleza, ni el ornato de los cielos, ni la economía de la Providencia en el gobierno de este mundo visible, lo que llama mi atencion, y me admira, sino esta misma naturaleza obediente á la voz del hombre Dios; el infierno mismo sometido á sus mandatos, y que publica su omnipotencia; on todos los siglo s, todos los imperios sujetos á

su poder, para formar desde el principio del mundo esta cadena de acontecimientos, que debian preparar su venida, para cumplir sus predicciones, para llenar sus promesas, para conservar su religion. Jamas se ha mostrado Dios al mundo con tanta majestad como en el misterio, que los sabios del mundo reputaron por locura [1]. Entonces, grande infinitamente en santidad, nos dió á conocer lo enorme del pecado, que le ofende, por la víctima espiatoria, infinitamente santa. Infinitamente grande en su bondad, nos franqueó todos los tesoros de sus misericordias en el don que nos hizo de su propio Hijo. Infinitamente grande en majestad declaró, que no podia ser glorificado de una manera digna de él, sino por la mediacion de su Hijo Unigénito, igual á sí mismo. Infinitamente grande en justicia y en misericordia, recibe para perdonar al hombre culpable, la oblacion de una víctima, que siendo infinitamente santa, satisface á su justicia plenamente, pagando por su muerte la deuda inmensa á que las penas del hombre criminal no alcanzan. Infinitamente grande en magnificencia, recompensa el mérito de su Hijo en el mérito del hombre, para recompensar á éste de una manera digna de Dios.

1 1ª Cor. 1, 23, 24.

Providencia, la naturaleza entera, que hacia servir á mis necesidades, me anunciaban desde luego las solicitudes de su bondad paternal. Ellas nos daban claro á entender, que estando todo dispuesto para nosotros, jamas abandonaria el Criador al hombre que invocase su socorro. Pero cuando yo veo al primer Sér, criar y mandar al universo, grabar sobre la arena los rasgos de su magnificencia: gobernar y disponerlo todo como soberano: entonces, oprimido de su gloria, siento como sumirme en mi propia nada; y, ¡ay! esclamo, *¿qué es, pues, el hombre*, ó gran Dios, *para que vos os digneis acordaros de él* (1).

El hombre, nos dice Jesucristo, este átomo casi imperceptible en la vasta estension del universo, no es solamente ese polvo organizado, que nace, siente, y desaparece con la muerte: tampoco es como el reptil, que se arrastra sobre la tierra, aunque tenga operaciones que se le asemejan: ni es solo este espíritu pensador, que quiere, que discurre, pero que mandado por la organizacion de un cuerpo frágil, se halla sujeto siempre á las debilidades y miserias de la humanidad: es, sí, una criatura formada á la imájen del Padre celestial, rescatada con mi propia sangre: es una porcion de mi herencia; es un hijo adoptivo del Criador,

1 Ps. 8, 5.

de cuyo espíritu debe vivir, debe llevar la marca de su santidad, participar de mis misterios, y ser unido á mi reino. Su alma, su corazon, todas las facultades de su espíritu serán penetradas un dia con los rayos de su divinidad, se abrasarán en el fuego de su amor, y le poseerán por toda una eternidad. ¡Ah! ¿Qué es el universo entero con toda su magnificencia en comparacion de este átomo viviente; pero átomo en quien Dios puso tanta nobleza, y quiso llamarla á un destino tan elevado? Tú no ves mas que la majestad y la omnipotencia de un Dios Criador: pero *su bondad es* infinitamente *sobre sus obras* (1) y sus beneficios son una prenda de su amor. El *quiere la misericordia, no el sacrificio* (2). Yo, yo mismo *he venido á llamar á los pecadores, y no á los justos* (3). Yo he muerto para merecer tu perdon, y tu puedes merecerlo todo por mi gracia: puedes conseguir por mis méritos, por mi nombre, todo cuanto pidas (4). Tus desgracias serán pruebas solamente; y al probar yo tu felicidad, me propongo hacerte merecer así mis recompensas. Estas palabras consoladoras me las dirije Jesus, el Hijo de

1 Ps. 144, 9.
2 Matth. 9, 13.
3 Ibidem.
4 Joan. 14, 13.

Dios, desde lo alto de su cruz: y jamas apareció mas digno de las complacencias de su Padre, que cuando se hallaba en este estado de abandono y de sacrificio. A estas dulces palabras, todos mis temores se disipan; yo me arrojo, yo me entrego en sus brazos con todas mis solicitudes; y la esperanza en su misericordia, reanima en mi corazon el fuego de la caridad.

Dios es el Sér infinitamente perfecto; debo, pues, amarle infinitamente por justicia: Dios me ha dado cuanto soy, y cuanto tengo; yo debo amarle infinitamente por gratitud. Dios es el solo bueno por naturaleza; yo debo amarle infinitamente por mi propia felicidad. Esto decia la razon al hombre.

Mas luego que la fé me ha ilustrado sobre las grandezas, las perfecciones, los beneficios del Sér Supremo, ¡ah! ¡cuánto mas imperioso es el lenguaje con que ella habla á mi corazon! Porque ¿qué son todos los dones de la naturaleza en comparacion de los bienes sobrenaturales ó del órden de gracia con que me ha colmado? El me ha sacado, no solo del cáos de la nada, sino tambien de el de la injusticia, para darme una vida propia de los espíritus, que ha de durar eternamente. Ha borrado la maldicion del pecado, y me ha hecho pasar de la condicion de los hijos de los hombres, á la de los hijos de Dios. Me ha llenado de sus

gracias, para hacerme digno de sus promesas. Me ha confiado á la solicitud y cuidados de la Iglesia, y la ha comunicado su poder, para que vele por mi felicidad. Está siempre á mi lado, para ilustrarme, para animarme, para fortalecerme en los combates y en los padecimientos. El me llama, cuando me desvío; me consuela, cuando he vuelto; se dá él mismo á mí, cuando me perdona; y me amenaza con sus venganzas, si dejo alguna vez de esperar en su bondad.

La bienaventuranza que yo deseo, no puedo hallarla mas que en Dios solo; en este Dios, que teniendo *la vida en sí mismo* (1) ha de recompensar en mí, no simplemente el mérito del hombre, sino el mérito de un Hombre Dios, y esto, con toda la magnificencia de un Dios. El Padre celestial lo tiene así prometido con juramento en la alianza que ha hecho con el hombre por la mediacion de su Hijo; y al consagrar esta misma alianza Jesucristo con su propia sangre, me ha dado el ejemplo mas importante de la confianza y del amor que yo debo á su Padre. Generosamente aceptó la muerte, para darle gloria: se puso eternamente en sus manos, cuando parecia abandonado de su Padre (2), y no puso fin á su pre-

1 Joan. 5, 21.
2 Marc. 15, 34.

ciosa vida, hasta haber visto desde lo alto de la cruz, que ya estaba enteramente cumplida la voluntad de su Padre [1]. Por este generoso sacrificio tributó á su Padre el homenaje mas glorioso que Dios pudo recibir en el universo: y su Padre le dió en recompensa, la mayor gloria con que pudo adornar al hombre, estableciéndole por *Pontífice eterno* [2] de un pueblo santo, y *dándole todas las naciones por herencia* [3].

Mas era preciso que viniese la fé á franquearme por sí misma las puertas del santuario, y á manifestarme los decretos eternos de la sabiduría infinita, los cuales estaban *ocultos desde el principio del mundo* [4] á los ojos de los sabios. Era necesario que esta misma fé me mostrase sentado á la diestra del Padre celestial, á este Hijo unigénito, en un mismo trono, ejerciendo cerca de él los oficios de Pontífice, para interceder por nosotros. Era necesario me hiciece ver á su Espíritu Santo derramando sobre la tierra los dones de sabiduría, de fortaleza, de caridad. Era necesario que me enseñase, que el reino de los cielos, que era el reino de tres personas Divinas, era el reino tambien de los escojidos de Dios, el reino de la santidad,

1 Joan. 19, 28.
2 Ps. 109, 5.
3 Ib. 2, 8.
4 Eph. 3, 9.

el reino de la justicia, el reino de la misericordia. ¡Oh fé celestial! Fé, *en quien se hallan encerrados todos los tesoros de la sabiduría* y de la ciencia eterna [1]. Fé, que brotaste de la sangre de un Dios, fé, que has bajado sobre la tierra para la salud del mundo, ven á inflamar mi corazon; ven, y penetra mi alma con los rayos de la Divinidad. ¡Ah! ¿Podria yo conocerte, sin tributarte adoraciones, sin publicar tu triunfo, sin armarme de justa indignacion contra los que quisiesen apagar tu luz, y volver á sumir el universo entero en las tinieblas? ¡Qué! ¿Habria yo de creer que no hay salud mas que en Jesucristo, que los santos son la obra esquisita de su misericordia, que formarán aquella corte celestial que está destinada para dar gloria á Jesucristo eternamente; habia de creer que todos los que viven sin conocer en este mundo á Jesucristo, serán eternamente desdichados en el otro: y no obstante esto, habia de ver sin indignacion que la herejía y la impiedad sembraban por todas partes el veneno del error, que daban á mis hermanos una muerte eterna, que blasfemaban contra Jesucristo que es la salud del mundo, haciendo todos los esfuerzos para derribarle, si fuera posible, de su trono? ¿No levantaria mi voz para rebatir sus conatos, para advertir á mis hermanos?

1 Col. 2, 3.

¿No alargaria mi mano á los que veia perecer? ¿O al menos, no lamentaria su desdicha, ya que no pudiese remediarla? Jesucristo se entregó á la muerte por dar testimonio á la verdad; la fé que vino á traernos sobre la tierra, es el precio de su sangre: y no con otro que con el de la suya propia, es como sus discípulos nos trasmitieron la fé que ellos habian recibido. Y si los enemigos de Jesucristo osaren ultrajarle, ¿miraré yo á Jesucristo como un Dios estraño para mí? Si ellos pretenden cerrar mi boca, yo, en un reino católico ¿no tendré valor para confesar su Santísimo Nombre? ¿Me avergonzaré de pertenecer al número de sus hijos? ¿De su ley santa, de su cruz, de el mismo Jesucristo? No; no se cree verdaderamente en Jesucristo, cuando no se tiene el valor bastante para confesarle delante de los hombres (1).

¿Qué deberé, pues, yo hacer, para ser digno de sus recompensas? Jesucristo no exije de mí, ni talentos ni hazañas, ni ninguna de estas obras brillantes, que deslumbran, que admiran, que mueven, que arrastran las voluntades; todo esto no es mas que la gloria del hombre, y aun esto no está en su arbitrio y potestad. ¡Ah! ¿Y qué valdria, por fin, delante de Dios toda la gloria de los hombres? Dios solo pide la rectitud de corazon, la fi

1 Matth. 10, 32, 33.

delidad á su ley, la conformidad con su santa voluntad, así en las ocupaciones de una vida privada, como en las funciones de los cargos públicos. Tiene prometido que recompensará hasta un vaso de agua fria que yo dé en su nombre (1); y él mismo me dá ejemplo de la obediencia que pide. Por obedecer á su Padre, pasó treinta años en la oscuridad de una vida privada; y por obedecer á su Padre, abrazó los trabajos de una mision penosa, se sometió á la muerte de cruz: *Yo hago*, nos dice, *todo lo que place á mi Padre* (2), y este retrato de sí mismo que nos trazó en dos palabras, es el modelo grande de santidad que propone para nuestra imitacion.

El culto público es la espresion natural de la adoracion: ya un sentimiento íntimo le habia indicado á todas las naciones; pero este sentimiento no determinaba el modo ni la pompa; y cualquiera que fuese no podia tener, por sí mismo, ni fuerza ni valor. Mas en la religion evangélica, es el centro de nuestro culto, la oblacion de Jesucristo, Legislador, Pontífice, y Víctima Santa de su pueblo; el mismo que es orígen de todas nuestras gracias, nuestro Redentor, nuestro Remunerador, nuestra esperanza, nuestra fortaleza, nuestra vida;

1 Ib. 10, 42.

2 Joan. 14, 31.—Cap. 15, 10.

Jesucristo renovando sobre nuestros altares en medio de su pueblo, el sacrificio que consumó sobre la cruz, por nuestra salud: Jesucristo presentando á su Eterno Padre con su propia sangre nuestras adoraciones y nuestros homenajes, y haciendo bajar sobre nosotros las gracias del cielo por los méritos de su misma preciosa sangre: así es como Jesucristo en esta forma de sacrificio viene á ser el centro de union de todos sus hijos, de este pueblo inmenso repartido sobre la faz de la tierra, diseminado entre todos los pueblos. El es la ofrenda esencial del culto solemne á la que todas las demas ceremonias deben referirse; ofrenda, que representando la muerte de Jesucristo, está siempre animada de aquel amor inmenso que le hizo morir por nosotros, á fin de reconciliarnos con su Padre celestial; es aún todopoderoso para aterrar el infierno, para cerrar las puertas del abismo, para vivificar su Iglesia: oblacion augusta, que reune en el homenaje que Jesucristo rinde continuamente á su Padre, todos los homenajes que las criaturas pueden tributarle, y los cuales solo por su medio pueden ser santificados: homenaje de adoracion por la ofrenda de un Dios que ha satisfecho plenamente á su justicia; homenaje de impetracion por la ofrenda de un Dios que todo lo ha merecido para nosotros; homenaje de accion de gracias por un sacrificio cuyo valor escede in

finitamente á cuantos beneficios hemos recibido del Criador: oblacion vivificante, que santifica todas las ceremonias del culto público por la relacion que ellas dicen con Jesucristo; que consagra el culto de los santos, obra de su gracia, el de sus reliquias, que sirvieron de templo al Espíritu Santo, y que han de participar algun dia de su gloria; que santifica los altares á su nombre y honor, que santifica su cruz, manantial perenne de gracias; que santifica el signo augusto que hacemos sobre nuestras personas, invocando el nombre santo de la Trinidad: que santifica, en fin, todas las prácticas piadosas capaces de alimentar la fé, de animar nuestra esperanza, y de conservar la caridad. La sabiduría humana creerá haber tocado á lo sumo, mofándose de la sencillez de los ejercicios de piedad; pero la sabiduría humana no será siempre sino muy limitada; porque ella considera en los objetos lo puramente sensible; es decir, lo que tienen de menos valor, en vez de que la fé, que tiende siempre sus miradas hacia el cielo, que ve á sus piés todo lo que es tierra, que solo considera grande á Dios, que solo conoce al hombre por la relacion que tiene con Dios, que solo considera en él las disposiciones del corazon que honran á Dios, ennoblece por su espíritu cuanto ella anima, y por decirlo así, todo cuanto toca. Todo es para ella grande, porque todo es santo, porque de todo se

sirve para elevar el alma á Dios inspirándole las virtudes celestiales, que son las que constituyen la verdadera grandeza.

ARTICULO II.

Del segundo precepto de Jesucristo: amarnos á nosotros mismos, como manda Dios.

Si nuestro primer deber es amar á Dios con todo nuestro corazon, es tambien para nosotros una imperiosa necesidad el amar la propia dicha. Estos dos amores, de los cuales uno es indispensable y otro necesario, deben por tanto estar acordes con los principios de una sana moral, pues si el amor de Dios estuviese en contradiccion con el amor irresistible de nuestra propia felicidad, seria impracticable. ¿Pero en dónde hallar esta felicidad, cuyo deseo ha de conciliarse con el amor de Dios?

Las pasiones, que no reconocen otro reino que el de los sentidos, no pueden buscar la felicidad mas que en los bienes sensibles, en los placeres, en los honores, en las riquezas, en el poder, en la fama. Mas si todas estas cosas constituyen la felicidad del hombre, éste que la ama necesariamente sobre todas las cosas, no podrá amar á Dios sobre todas ellas; y en la precision de elegir necesariamente dará la peferencia al bien en que crea hallar su felicidad. Pero ¡ah! ¿qué vendrá á ser

por último esta figurada felicidad? El hábito solo de gozar, hará desaparecer la dicha, y se mirará abandonado entonces á sí mismo el hombre en el vacío del bien, entregado á la ajitacion de los remordimientos, á la turbacion y á las inquietudes de los deseos. Envilecido por la bajeza de sus sentimientos, sin virtud para soportar las privaciones de la vida, sin valor para sufrir las desgracias, se hallará siempre en oposicion con su conciencia, con Dios, consigo mismo, con su propia felicidad, y en fin, hasta con la de los demas; porque no pudiendo poseer los bienes de la tierra sin escluir de su goce á los otros, tendria precision de atentar á la dicha ajena, para proporcionarse la propia. De aquí proceden las disputas, las animosidades, los celos, las injusticias, y casi todos los crímenes que infestan la sociedad. El hombre no seria benéfico mas que para sí solo: su beneficencia no seria otra cosa, que un egoismo desfigurado que cambiaria de forma, pero no de naturaleza, desapareciendo tan pronto como cesase el interes personal. Por tanto, es manifiesto que las pasiones engañan al hombre aun en los deseos y esperanza de su propia dicha, haciéndole poner sus miras en bienes aparentes, que jamas pueden hacerle feliz.

Jesucristo, sin mandarme espresamente porque seria supérfluo el amor de mí mismo, me dice el

modo con que debo amarme, que es lo que yo tenia necesidad de saber.

La razon me indicaba que sola la virtud podia proporcionarme la posesion del verdadero bien. Pero ¿cuál es este bien? Dios solo es este bien, me responde la fé; y bajo este punto de vista todos los deseos entran otra vez en el órden de justicia: el amor de mí mismo, que antes me hacia enemigo de Dios, de mí mismo y de los demas, por separarse de su verdadero fin, se identifica con el amor de Dios, que es mi único bien, y á quien yo debo amar sobre todas las cosas, y con el amor del prójimo, á quien Dios me manda amar por amor suyo. Desde entonces el amor del prójimo no es ya aquel amor de sensibilidad con que se honran los sabios de la tierra, sino que es esta caridad noble y generosa, nacida de un principio permanente de bondad, que no distingue el bien de los demas del mio propio: caridad fundada en el amor que debo á Dios, y la certeza de las recompensas que me tiene prometidas. Y así siendo Dios para mí el bien supremo, sin que los de la tierra puedan llenar mi último fin, yo poseeré éstos sin apego; y no los miraré ya, ni como un objeto de mis complacencias, ni tampoco como el blanco de mi ambicion.

De esto procede toda la moral evangélica en cuanto á deseos y goces. Todo lo que mancha el alma, todo lo que cautiva el corazon, todo lo que

quita ó debilita el amor de Dios, y me aleja, por consiguiente, de mi único bien, es un mal positivo, que Jesucristo me lo tiene prohibido. Tambien me prohibe todo lo que pone la virtud en peligro, porque esto me espondrá á perder el amor de Dios. Entonces su fé, que al principio me era enojosa por el aire de austeridad con que la veia enfrenar mis inclinaciones, se me presenta con un carácter de santidad, de dulzura y de sabiduría, digno de su divino Legislador. Su severidad allana los caminos del cielo, removiendo los obstáculos: hace fácil la práctica del bien, apartando las ocasiones: previene todos los desórdenes, atacando á todas las pasiones: hace ligero, por tanto, el yugo del Señor: le hace amable por la dulzura del amor divino, á proporcion que va dominando el gusto sensible á los bienes de la tierra; y entonces es cuando yo comprendo la necesidad de esta máxima evangélica, á saber: que es necesario *morir á sí mismo:* esto es, *á los sentimientos de la carne y de la sangre*, que son como el alma del hombre carnal, *para poder, hallar la vida* [1]; pues no se puede vivir la vida del hombre carnal sin perecer irremisiblemente, perdiendo el amor de Dios, que es la vida del hombre celestial.

---

1 Matth. 10. 39.

ARTICULO III.

Del tercer precepto de Jesucristo: amar al prójimo por amor de Dios.

La ley natural nos manda amar á nuestros semejantes, y hacerles bien; pero jamas el amor propio dejaria de hallar pretestos para eludir este mandamiento. Al fin de prevenir nuestros errores, Jesucristo ha puesto este amor propio en los intereses del prójimo, haciéndole defensor é intérprete de los derechos que los demas tienen sobre nosotros, cuando nos ha ordenado que los amemos como á nosotros mismos. Segun esta regla, basta preguntar á nuestra conciencia lo que querriamos que el prójimo hiciese por nosotros, atendida la situacion en que nos hallamos; y tomándola por árbrito de lo que nosotros deberiamos hacer, es bien seguro que en nada faltarémos á nuestro prójimo.

Entre aquellos que deben ser el objeto de nuestro amor y de nuestra beneficencia, Jesucristo nos recomienda los mas necesitados, hácia los cuales suele el amor propio manifestar mayor indeferencia: quiere que demos de comer al hambriento, de beber al sediento; que vistamos al desnudo, que visitemos al enfermo, que conselemos al aflijido: nos recomienda de un modo especial á nuestros